

COLECCIÓN LOS AUSTRIAS

Monografías dedicadas a las figuras sobresalientes de esta familia hispánica en Europa. Reconocidos especialistas en la historia política y cultural de los siglos XVI y XVII abordan el estudio de estos personajes desde las fuentes documentales y las representaciones artísticas, analizando aspectos inéditos de sus biografías y valorando su actuación como gobernantes y como mecenas en unos volúmenes ilustrados con abundante iconografía.

TÍTULOS PUBLICADOS

Felipe IV. El hombre y el reinado
dirigido por J. Alcalá-Zamora
coeditado con la Real Academia de la Historia

Felipe I el Hermoso. La belleza y la locura
dirigido por M.Á. Zalama y P. Vandenbroeck
coeditado con la Fundación Carlos de Amberes
y la Fundación Caja de Burgos

Carlos II. El rey y su entorno cortesano
dirigido por Luis Ribot
con la colaboración de Patrimonio Nacional

PRÓXIMOS TÍTULOS

Juana I. Arte, poder y cultura en torno a una reina que no gobernó
por M.Á. Zalama

Isabel Clara Eugenia. Soberanía femenina en las cortes de Madrid y Bruselas
dirigido por Cordula van Wyhe

Ana de Austria (1601-1666) tuvo una vida llena de dificultades. Como hija primogénita de Felipe III, se vio muy pronto llamada a asumir un papel destacado en la corte madrileña y en los grandes designios de la política internacional, que en 1615 llevaron a la alianza entre España y Francia con unas dobles bodas: las suyas con Luis XIII, y las de Isabel de Borbón con el futuro Felipe IV. Sin embargo, aquella unión entre las dos grandes monarquías católicas no consiguió suscitar aprobación unánime más allá de los Pirineos.

A su llegada a Francia, la joven reina hubo de hacer frente a toda una serie de contratiempos y desilusiones. Tenida por responsable de la dudosa virilidad de su esposo y la prolongada esterilidad de su matrimonio, envuelta en las intrigas y conjuras suscitadas por el gobierno de Richelieu, y sospechosa de traición a causa de su complicidad con España, Ana estuvo al borde de una humillante repudiación. Pero llegó el milagro: su tardía maternidad en 1638 y el nacimiento del heredero de la corona, Luis Dieudonné –es decir, «Dado por Dios»–, al que luego siguió otro hermano que aseguraba la sucesión.

Tras quedarse viuda en 1643, reveló un indiscutible talento político como regente. Fiel al legado de Luis XIII, dio firme respaldo a Mazarino y supo plantar cara a las amenazas de invasión por parte de España y a los conatos de guerra civil en Francia (la llamada Fronda), sin cejar en su defensa contra los ataques al poder real y la integridad de su reino. Al llegar la paz de los Pirineos en 1659 con una nueva alianza matrimonial entre España y Francia, entregó a su hijo Luis XIV el Estado más poderoso de Europa, retirándose de la escena política tras la muerte de Mazarino.

Este libro no es una biografía más de la infanta de España y reina de Francia. Bajo la dirección de Chantal Grell, catedrática de Historia Moderna en la Université de Versailles Saint-Quentin, un grupo de especialistas de renombre internacional aportan nuevos puntos de vista e interpretaciones sobre el reinado y la personalidad de Ana de Austria. A sus investigaciones inéditas, apoyadas en un sólido aparato crítico y documental, se añade el más completo y cuidado repertorio iconográfico existente hasta ahora sobre el personaje, convirtiendo este conjunto de estudios en una obra de referencia para los interesados en el siglo XVII europeo.

CEEH
Centro de Estudios
Europa Hispánica



ANA DE AUSTRIA

INFANTA DE ESPAÑA Y REINA DE FRANCIA

CENTRO DE ESTUDIOS EUROPA HISPÁNICA
CENTRE DE RECHERCHE DU CHÂTEAU DE VERSAILLES

Dirigido por CHANTAL GRELL

Chantal Grell es titular de la cátedra de Historia Moderna en la Université de Versailles Saint-Quentin y ha dedicado a ese período estudios tan importantes como *L'Histoire entre érudition et philosophie* (1993) y *Le XVIII^e siècle et l'Antiquité en France* (1995), así como otros muchos ensayos y artículos. Actualmente dirige el centro de investigación ESR Moyen Âge-Temps modernes y forma parte del comité científico del Centre de recherche du château de Versailles.

MARÍA JOSÉ DEL RÍO BARREDO
Universidad Autónoma de Madrid

JEAN-FRANÇOIS DUBOST
Université Paris XII – Val-de-Marne

MATHIEU DA VINHA
Centre de recherche du château de Versailles

JOSEPH BERGIN
University of Manchester

BARBARA GAEHTGENS
Historiadora del arte, Los Ángeles

ALAIN MÉROT
Université de Paris Sorbonne – Paris IV

PATRICK MICHEL
Université Charles de Gaulle – Lille III

ALEXANDRE GADY
Université de Nantes

LAURENT AVEZOU
Lycée Pierre de Fermat, Toulouse

Ilustración de cubierta: Pedro Pablo Rubens, *Ana de Austria*. Hacia 1626. Óleo sobre lienzo. Pasadena, Los Ángeles, The Norton Simon Foundation.



Ana de Austria, reina de Francia: panorama y balance político del reinado (1615-1666)

ANA DE AUSTRIA FUE REINA DE FRANCIA DURANTE CINCUENTA AÑOS, DESDE SU MATRIMONIO EN OCTUBRE de 1615 hasta su muerte el 20 de enero de 1666. Se trata del reinado femenino más largo de los siglos XVI y XVII, por delante del de María Leszcinska (cuarenta y tres años), del de Catalina de Médicis (cuarenta y dos) y del de María de Médicis (cuarenta y dos también, aunque los once últimos los pasase exiliada en el extranjero). Esta longevidad excepcional fue acompañada por un papel político de primer orden: como en el caso de las dos reinas Médicis, la actividad política desarrollada por Ana tuvo un impacto considerable en la historia francesa. Con ella se cierra por mucho tiempo la serie de reinas de Francia que fueron, a la vez, mujeres con poder. Habría que esperar a María Antonieta para que una reina interviniera de nuevo y de forma decisiva –al menos a partir de 1787– en la vida política del país.

Desde su matrimonio en 1615 hasta la muerte de Luis XIII, el 10 de mayo de 1643, Ana de Austria fue reina reinante pero se mantuvo en segundo plano respecto a quienes ejercían de manera efectiva el poder: María de Médicis hasta 1617 y después el rey, junto a sus favoritos y sus sucesivos ministros. Ana, que dirigió el gobierno de Francia como regente de 1643 a 1651, y a continuación como jefe del Consejo de 1651 a 1661, ostentó durante 18 años un poder absoluto. El segundo periodo está marcado por la Fronda (1648-1652), crisis capital del Antiguo Régimen y uno de los acontecimientos más controvertidos de la historia de Francia. A partir de la muerte de Mazarino, el 9 de marzo de 1666, la reina se retiró de la vida política: sería un simple testigo de los primeros años del gobierno personal de Luis XIV.

Ana de Austria ilustra mejor que nadie la ambigua posición que ocupaba la reina en una monarquía fundada en el principio de la exclusión dinástica de las mujeres, es decir, en la ley sálica: la reina reinante compartía con el rey la dignidad soberana, pero no participaba del poder. En el caso concreto de Ana, esta primera ambigüedad esconde otra: no fue la muerte de la reina la que puso fin a su poder, sino la de Mazarino. Amparado en la autoridad de la soberana, fue él quien dirigió el reino. Las condiciones en las que ella gobernó de 1643 a 1661 se explican a la luz del periodo precedente, durante el que Luis XIII y Richelieu modificaron de manera sensible las reglas de la acción gubernamental. El hecho de que por aquel entonces ella estuviese excluida del poder no significa que estuviese privada de todo papel político: la reina fue a la vez testigo de excepción y protagonista de los «años cardinales» (Joël Cornette) que entre 1624 y 1661 orientaron la Monarquía francesa hacia el absolutismo triunfante.

Para comprender la singularidad de la política desarrollada por Ana conviene inscribirla en la continuidad de la historia monárquica, poniéndola en relación, especialmente, con las experiencias políticas que la precedieron, le sirvieron de marco de referencia y le impusieron ciertas limitaciones. Hay que rechazar, sin embargo, las interpretaciones basadas en los rasgos de carácter que los contemporáneos le



1. VALERIO MARUCELLI, *El intercambio de princesas en el río Bidasoa*. Hacia 1626. Óleo sobre lienzo, 182 x 233 cm. Nueva York, Mari-Cha Collection.

atribuían: discutibles desde un punto de vista metodológico –se apoyan en testimonios necesariamente parciales–, sólo sirven para «animar los relatos y crear una ilusión de familiaridad con los grandes hombres del pasado»¹ a la vez que justifican los *a priori* ideológicos que surgen siempre que se trata del poder femenino, sobre todo cuando lo ejerce una reina extranjera. La misoginia y la xenofobia expresadas a través de los estereotipos más trasnochados afloran entonces casi de continuo. El polígrafo Pierre Chevallier, por ejemplo, autor de una biografía de Luis XIII, se siente obligado a estigmatizar «la ligereza unida al receloso orgullo, tan castellano, de la reina reinante». Y para rematarlo añade: «Ana de Austria, por otro lado, no era mucho más inteligente ni mucho más fina que su suegra [María de Médicis]»². Basado en un psicologismo simplista, el punto de vista desde el que se considera el ejercicio femenino del poder está claro: los asuntos serios hay que dejarlos en manos de los hombres.

UNA REINA EN POSICIÓN DISCUTIDA

Ana de Austria se convirtió oficialmente en reina de Francia el día que se casó por poderes en la catedral de Burgos con Luis XIII, representado por el duque de Lerma (18 de octubre de 1615). El 7 de noviembre, cuando entró en Francia tras el famoso intercambio de princesas en el río Bidasoa (figs. 1-2),



2. PIETER VAN DER MEULEN, *El intercambio de princesas en el río Bidasoa*. 1615. Óleo sobre lienzo, 163 x 232 cm. Madrid, Real Monasterio de la Encarnación, Patrimonio Nacional.

era ya reina. Al compartir la dignidad soberana con el rey, Ana tenía la prerrogativa de que se le reconociese en las ceremonias monárquicas el primer rango tras su esposo (fig. 3). Ahora bien, esta situación se vio alterada por el hecho de que en 1615 María de Médicis, la reina madre, dirigía el gobierno del reino con el título de jefe del Consejo (la regencia *stricto sensu* había cesado el 2 de octubre de 1614). Era ella, pues, quien disponía de hecho del poder. Amparándose en esto e incluso después de haber aceptado las reglas del ceremonial en las celebraciones que se realizaron para recibir a la nueva reina en Francia, especialmente en el momento de la entrada de la joven pareja real en París en junio de 1616, María de Médicis se negó a cederle el primer puesto (fig. 4). «En una época en que la realidad del poder era indistinguible de su imagen pública»³, el hecho de que la reina madre, jefe del Consejo, aceptase eclipsarse ante la reina reinante habría significado aceptar una amputación simbólica de su poder y habría debilitado aún más una autoridad cada vez más contestada por los grandes. La relación de fuerzas efectivas en el juego de poder en la Corte de Francia prevalecía pues sobre el estatuto del que Ana debería haber gozado como reina reinante⁴; eso sin contar con que la nueva reina fue recibida a su llegada a Francia con una campaña de libelos que denunciaban los matrimonios españoles y pintaban a la joven princesa como una Deyanira envidiosa de Francia, dispuesta a dar al joven Luis XIII «una camisa infectada con su veneno español»⁵.

Ana de Austria tuvo que esperar hasta que la reina madre se marchase a Blois —donde se fijó su residencia tras perder el poder en abril de 1617— para que se reconociese de verdad su rango en la Corte. El



3. Representación de las ceremonias nupciales en Burdeos.
1615. Grabado, 29 x 22,5 cm. París, Bibliothèque
nationale de France.



4. Entrada en París de Luis XIII y Ana de Austria. 1616.
Grabado, 36,5 x 32,3 cm. París, Bibliothèque
nationale de France.

año de 1617 fue efectivamente el de su consagración, más aún que para Luis XIII, que siguió reducido a un papel de figurante político bajo el gobierno de Luynes pese a las reiteradas declaraciones en sentido contrario. El asesinato de Concini, que dio por fin vía libre al reconocimiento efectivo de su estatus de soberana, provocó en la joven reina unos arrebatos de alegría casi indecentes que sus damas apenas lograban contener⁶. A partir de ese momento Ana apareció al fin como la mano derecha del rey⁷, en segundo plano respecto a éste («la reina se marchó a Tours y a Fontainebleau para no entrar en París sin el rey», 1620)⁸, pero indisoluble de su presencia: «las dos reinas habían seguido al rey hasta Saint-Jean-[d'Angély], la reina madre se quedó en Mata y la reina en Brisambourg; pero ésta no le abandonó en todo el viaje, y la reina madre fue a esperarle a París» (1622)⁹; «allí en su cámara el rey semejaba un hermoso sol que brilla por encima de los demás astros, teniendo a su lado a la reina, segunda luminaria» (1625)¹⁰.

En 1620, por primera vez desde su llegada a Francia, Ana asumió un verdadero papel político: durante la expedición de Luis XIII a Normandía y al valle del Loira para aplastar la nueva rebelión suscitada por María de Médicis, descontenta con el lugar que se le reservaba en el Estado («segunda guerra de la Madre y el Hijo», julio de 1620), y más tarde para imponer el restablecimiento del culto católico y la restitución a la Iglesia de los bienes del clero en el Béarn, delegó en su esposa, que permanecía en París, los poderes del gobierno. La joven reina estaba asistida por un consejo cuyos miembros habían sido elegidos por el rey, dispositivo clásico en la organización de una regencia por ausencia, pero que hemos de tener presente para entender luego la forma en que Luis XIII pretendería organizar la «verdadera» regencia de Ana en la primavera de 1643¹¹. Aunque la mayoría de las decisiones tomadas por



5. ANTON VAN DYCK, *María de Médicis*. Hacia 1631. Óleo sobre lienzo, 225 x 140 cm.
Burdeos, Musée des Beaux-Arts.

duquesa de Chevreuse demuestran suficientemente que la reina de Francia estaba en el centro de una red de adversarios decididos.

Este contexto esclarece de forma singular el alcance de los poderes que Luis XIII tuvo que resignarse a delegar en la reina en septiembre de 1636, cuando marchó hacia Corbie para liberar la plaza picarda que los españoles acababan de conquistar: se nombró a la reina «gobernante de la buena ciudad de París, con orden a todos los gobernadores, capitanes, oficiales, oficiales de justicia y otros, de obedecerla, y a la cámara de cuentas de asignar a los contables lo que haya de pagarse en virtud de sus ordenanzas»²². La decisión no era más que un mal menor, no teniendo Luis XIII (fig. 7) a nadie más a quien confiar semejante tarea: la reina madre había abandonado el país; Richelieu, Gastón de Orleans y el conde de Soissons acompañaban al rey al mando del ejército; Condé, primer príncipe de la sangre, estaba en Borgoña, en la frontera con el Franco Condado español. Sólo quedaba la reina reinante. Los poderes que se le otorgaron eran considerablemente reducidos en comparación con los que se le habían concedido en 1620: sólo debía velar por el normal funcionamiento de las instituciones y tratar los asuntos corrientes, nada más.

Al año siguiente Richelieu se encargó de que Ana de Austria se topase con los límites, bien reales, de su oposición política. Hizo estallar el escándalo de la correspondencia secreta que la reina mantenía con los enemigos del reino (sus hermanos Felipe IV y el cardenal-infante; fig. 8). Richelieu acumulaba las pruebas desde 1631 pero aún no había juzgado oportuno utilizarlas contra ella. En agosto de 1637 mandó detener a La Porte, *portemanteau* de la reina y correo de su correspondencia secreta. El 17 de agosto, en una dramática escena, el ministro le arrancó a Ana una a una sus confesiones («Hay algo más, Señora...») sobre sus contactos con el extranjero... pero al mismo tiempo la salvó del repudio convenciendo a Luis XIII de que hiciera borrón y cuenta nueva. Tras haber liquidado en 1630 la «intriga de la reina madre», Richelieu consiguió desacreditar a la reina reinante tanto ante el rey como ante la opinión internacional: la información comprometedor sobre ella se filtró con cuidado a los embajadores extranjeros, rompiendo el nuevo foco de oposición que se estaba formando a su alrededor.

Exactamente un año más tarde (el 5 de septiembre de 1638), el nacimiento del delfín, considerado milagroso por los contemporáneos (el niño recibió de inmediato el apodo de *Dieudonné* y se elaboró una verdadera leyenda alrededor de las circunstancias de su concepción)²³, supuso un hito en el destino político de Ana (fig. 9). Al dar a luz a un heredero la reina restauró su imagen. A decir verdad, sólo entonces adquirió su auténtica dimensión de reina, tal como, en términos diplomáticos, declaraba la *Gazette* homenajeando a «esta reina a la que sólo le faltaba ser madre» (figs. 10-12). Sin haber dado descendencia masculina al rey, la reina era imperfecta: los diferentes abortos (1622, 1624, 1626, 1629)



7. JUSTE D'EGMONT, *Luis XIII, rey de Francia y de Navarra*.
Hacia 1630. Óleo sobre lienzo, 138 x 118 cm.
Versalles, Musée national du Château.



1. PAUL DELAROCHE según GILBERT DE SÈVE, *Ana de Austria, reina de Francia*. 1836. Óleo sobre lienzo, 74 x 61 cm. Versalles, Musée national du Château.

sonalidad de la reina. Sus últimos biógrafos —mujeres— se han esforzado en rehabilitar su imagen, perpetuando un reparto de géneros que no logra ser convincente¹³. Estas obras sucesivas han contribuido, a modo de depósitos sedimentarios, a construir la notoriedad póstuma de Ana, y determinan aún hoy la imagen que tenemos de ella, si bien la alabanza pesa más que la crítica. Este recorrido historiográfico no es banal: ilustra las difíciles relaciones de los franceses con su historia a través de las reinterpretaciones a las que la han ido sometiendo.

LA ACUSADA

Madame de Motteville ha inspirado los grandes rasgos de un buen número de retratos¹⁴. Sus *Mémoires*, publicadas por primera vez en 1723 y reeditadas en el siglo XIX, presentan a la reina (fig. 1) bajo una luz favorable. Las del cardenal de Retz y las de Saint-Simon¹⁵, conocidas tardíamente, añadieron algunos toques mordaces, sobre todo las de Retz, que, en su galería de retratos, nos ha dejado este brillante y venenoso boceto:

La reina tenía, más que nadie que yo haya conocido, esa clase de espíritu que le servía para no parecer necia a quienes no la conocían. Tenía más acritud que altanería, más altanería que grandeza, más modales que cualidades, más torpeza que liberalidad con el dinero, más liberalidad que interés, más interés que generosidad, más aficiones que pasión, más dureza que orgullo, más memoria de las injurias que de los favores, más afectación de piedad que piedad, más testarudez que firmeza, y más incapacidad que todo lo dicho anteriormente.¹⁶

«Era una española con los defectos de su raza.» Esta frase resume lo esencial. Las fuertes reservas de los franceses del siglo XVII hacia los españoles legitimaban los juicios a priori, marcados por el sello de la misoginia, de los historiadores del siglo XIX.

LA INSTRUCCIÓN DEL SUMARIO

Quien esté interesado en la vida de la reina debe rastrear entre las abundantes memorias e intentar, a través del laberinto a menudo confuso de los testimonios, reconstruir sus hechos y sus gestos. Muchas de esas memorias se habían publicado ya durante el reinado de Luis XIV²⁴, y otras se publicaron durante la regencia y el reinado de Luis XV, pero fue principalmente tras la Revolución cuando se retomó apasionadamente su lectura, en un intento de recuperar un pasado que se había rechazado pero que se intentaba comprender²⁵. Así, la Edad Media y el Antiguo Régimen suscitaron una curiosidad insaciable. Alfred de Vigny cuenta que, desde la adolescencia, devoraba todas las memorias relativas al siglo XVII, lo que le llevó incluso a acometer una historia de la Fronda²⁶. La restauración monárquica acompañó y fomentó esta búsqueda identitaria que le era necesaria para legitimizarse. La «revolución historicista» del periodo romántico se apoyó pues en constantes estímulos oficiales²⁷. En 1818, la historia de Francia se incluyó en los programas escolares: a partir de entonces un profesor especializado empezó a impartir los cursos, y en 1821 se creó la École des Chartes. La Monarquía de Julio favoreció aún más la historia y la investigación histórica, y algunos historiadores, como Guizot o Thiers, emprendieron carreras políticas. Auguste Mignet y Jules Michelet fueron nombrados archiveros en 1832, el mismo año en el que François Guizot fue nombrado ministro de Instrucción Pública²⁸. Ese mismo año se fundó la Société de l'histoire de France, dirigida por Prosper de Barante, y, un año después, Guizot obtuvo una importante subvención para financiar las labores del Comité des travaux historiques, cuyo objeto era publicar los documentos inéditos relativos a la historia de Francia. Quinet, Michelet y Augustin Thierry estuvieron ligados a esta empresa. En 1833 Guizot (fig. 2) dirigió instrucciones a los prefectos para buscar en los archivos los manuscritos que tuviesen interés para la historia nacional. Las sociedades científicas se multiplicaron en provincias. El gusto por la historia se popularizó y generalizó según Augustin Thierry, muy sensible al entusiasmo que despertó este redescubrimiento del pasado nacional:

Tuve la fortuna de ver cumplido mi mayor deseo: cómo los trabajos históricos ocupaban un lugar importante en el gusto popular y cómo escritores de



2. THIERRY DELAROYÈRE, llamado JEHAN GEORGES VIBERT, *François Guizot*. Hacia 1878. Óleo sobre lienzo, 100 x 80 cm. Versailles, Musée national du Château.

primer orden se consagraban de buen grado a ellos. El número y la importancia de las publicaciones que aparecieron sucesivamente [de 1824 a 1830], tantas obras de largo aliento, cada una de las cuales presentaba, y en cierto modo restablecía, bajo una luz diferente, una época, ya fuese antigua o reciente del pasado; tal concurso de esfuerzos y de talentos dio lugar a esa opinión tan extendida de que la historia sería el sello del siglo XIX, la que le daría un nombre, como la filosofía se lo había dado al siglo XVIII.²⁹

Más aún: en 1833 Luis Felipe, el «rey ciudadano», decidió transformar el palacio de Versalles en museo histórico para subrayar, a través de la historia, el lazo que unía a todos los franceses a pesar de las divergencias políticas y las fracturas sociales. Se ponía el acento, cierto es, en la historia militar, y para ello se había previsto una gran galería de batallas en el ala sur. Pero el Estado encargó también numerosas copias de retratos y de escenas históricas que exaltaban la gloria de Francia³⁰.

La generación de Augustin Thierry, Sismonde de Sismondi y Prosper de Barante rechazó las crónicas dinásticas nacionales como «anales domésticos de las familias reinantes». Se reescribió la historia de Francia; las obras de Velly y Anquetil cayeron en el olvido³¹. Estos jóvenes historiadores, rompiendo con la tradición retórica de las grandes historias, se esforzaron por revivir el pasado, transportando al lector en el tiempo, emocionándolo, suscitando su simpatía. Prosper de Barante estimaba que los personajes novelescos tenían más vida que los héroes de la historia y, como Augustin Thierry, era un gran admirador de Walter Scott, traducido al francés desde 1816³². En su opinión, el historiador no tenía la misión de exponer y juzgar, sino de comprender y hacer comprender: «Es preciso —escribía— que el historiador se recree pintando más que analizando; de lo contrario, los hechos se secan bajo su pluma»³³. Se trataba de escribir una historia donde las pasiones indomables, los impulsos, la violencia y el odio volviesen a ocupar su lugar. En ese contexto los individuos, y la manera en que los destinos



3. PAUL DELAROCHE, *Richelieu remontando el Ródano con Cinq-Mars y De Thou*. Hacia 1830. Acuarela, 15,5 x 27,5 cm. París, Musée du Louvre.



4. PIERRE-JEAN DAVID (DAVID D'ANGERS), *Alejandro Dumas padre*. 1820. Medallón de bronce, 12,5 cm. París, Musée Carnavalet.



5. PIERRE-JEAN DAVID (DAVID D'ANGERS), *Victor Cousin*. 1829. Medallón de bronce, 12,5 cm. París, Musée Carnavalet.

individuales se inscribían en la historia, cobraban una nueva importancia. Además, para plasmar el espíritu y el color, no había nada comparable a los documentos originales, a las citas integradas en las frases, a los diálogos, aunque fuesen imaginarios. Había que dejar hablar a los contemporáneos para recuperar el pasado, y el redescubrimiento de las memorias iba a modificar profundamente el relato de los acontecimientos. Nunca se había publicado semejante número de memorias. Entre 1820 y 1840 vieron la luz más de quinientos volúmenes de fuentes en diversas series³⁴: *Collection complète des Mémoires relatifs à l'histoire de France*, emprendida por Claude Bernard Petitot (1819-1826), secretario general de la Commission pour l'instruction publique³⁵; *Collection des chroniques nationales françaises*, de Buchon (1826-1828); *Collection des documents inédits sur l'histoire de France*, bajo la dirección de Guizot (1823-1835); *Archives curieuses de l'histoire de France depuis Louis XI jusqu'à Louis XVIII*, de Louis Cimber y Félix Daujou (1834-1839). Aunque las primeras entregas conciernen a la Edad Media, los tiempos modernos y el siglo XVII se incorporan rápidamente³⁶. Algunas memorias se publicaron entonces por vez primera: las de La Rochefoucauld entre 1624 y 1642, exhumadas por Renouard; o las *Historiettes* de Tallemant des Réaux, cuya primera edición, preparada por Jean-Louis Monmerqué en 1834, aun estando expurgada, tuvo tanto éxito que se reeditó siete veces entre 1835 y 1875. Se percibe entre los historiadores un verdadero entusiasmo cuando descubren o difunden nuevas fuentes. Los escritores participan en este arrebato de entusiasmo escogiendo sus temas en el pasado. Entre 1815 y 1852 la «carrera literaria» de Richelieu llegó a su punto culminante, presentado casi siempre como un personaje siniestro (fig. 3)³⁷. La lectura de las memorias inspiró a Vigny *Cinq-Mars* (1826). Touchard Lafosse (1780-1847) preparó el terreno para Alejandro Dumas con su *Pont des soupirs* (publicado como anónimo) de 1832 y sus *Chroniques de l'œil de bœuf*, que reducen la política a secretos de alcaoba³⁸. Alejandro Dumas (fig. 4) obtuvo un gran éxito con *Los tres mosqueteros* (1844) y *Veinte años después* (1845)³⁹. *El conde de Moret* (1866-1867), obra más tardía, no transmite la misma vivacidad⁴⁰. El público, que exigía fidelidad a las novelas históricas, reprochó a Vigny que se hubiera tomado demasiadas libertades con la historia. Así que Vigny, a partir de la segunda edición de su novela, publicó



6. CLAUDE JACQUAND (1803-1878), *Ana de Austria y el canciller Séguier*. Óleo sobre lienzo, 450 x 610 cm.
Bayona, Musée Bonnat.

unas «notas y documentos históricos» siguiendo el modelo de los historiadores, prolijos en «piezas justificativas». Todos los autores serios se esforzaban en poner su granito de arena. Victor Cousin (fig. 5) realizó numerosos hallazgos: en *Madame de Longueville* (1853) aportó un importante expediente relativo al asunto de Val-de-Grâce (fig. 6). En *Madame de Chevreuse* (1856) publicó, por vez primera, los cuadernos personales de Mazarino (entre 1642 y 1651), una memoria aún desconocida de Richelieu sobre los asuntos de 1633, los interrogatorios de La Porte y de la abadesa de Val-de-Grâce en 1637. En *Madame de Hautefort*, además de la *Vie inédite de Mme de Hautefort*, más completa que la versión impresa que se conocía, Cousin editó por primera vez las once cartas autógrafas de Ana a Mazarino que suponían la confirmación de su amor (1651-1652). Se publicaron los papeles de Richelieu y posteriormente los de Mazarino⁴¹. Apareció una nueva versión de las *Mémoires* de Mme de Motteville, realizada a partir del manuscrito de Valentin Conrart⁴². Los médicos, que mostraron gran interés por los detalles de la vida privada de Luis XIII y Ana, analizaron la correspondencia de Guy Patin⁴³. El *Journal* de Héroard, descubierto por Armand Baschet⁴⁴, sigue alimentando en la actualidad todo tipo de estudios e hipótesis⁴⁵. Michelet calificaba la *Ludovicotrophie*⁴⁶ de «diario de las digestiones de Luis XIII» y señalaba:



7. PIERRE-JEAN DAVID (DAVID D'ANGERS), *Jules Michelet*. 1834. Medallón de bronce, 12,5 cm. París, Musée Carnavalet.



8. PIERRE-JEAN DAVID (DAVID D'ANGERS), *François Vincent Raspail*. 1849. Medallón de bronce, 12,5 cm. París, Musée Carnavalet.

En un gobierno idólatra, fundado en la divinidad del individuo, es un asunto grave. No insisto. Nos reiríamos y nada hay más triste. El historiador, el político, el fisiólogo y el cocinero estudiarán con provecho este inmenso monumento, seis volúmenes en folio de apretada letra: *Ludovicotrophie*, por Hérouard, médico del rey, señor de Vaugrigneuse.⁴⁷

La primera edición (parcial) aparece ya en 1868⁴⁸. Desde entonces, las investigaciones van siendo cada vez más indiscretas, ya se trate de las tendencias exhibicionistas de Luis XIII niño, de sus inhibiciones y de sus complejos⁴⁹ o de la difícil y tardía consumación del matrimonio⁵⁰. El balance de esta sobreabundancia documental no siempre fue positivo, según Michelet (fig. 7):

Me gusta el microscopio y lo utilizo. Le debemos gran parte de los recientes progresos de las ciencias naturales. En historia, tiene su peligro: hacer creer que el musgo y el moho son bosques, ver al mínimo insecto y al imperceptible infusorio del tamaño de los Alpes. Todos los pequeños personajes de esa pobre época han sido amplificados por nuestros micrógrafos históricos.⁵¹

La vida íntima de la pareja se escrutó, efectivamente, con microscopio: las infidelidades de Ana, la concepción de Luis *Dieudonné*, los amores de la reina y Mazarino. La «pequeña historia» no difería de la «grande»: qué satisfacción para un republicano poner en duda la legitimidad de los Borbones y para un anticlerical denunciar la hipócrita devoción de Ana y las dudosas costumbres de un príncipe de la Iglesia.

LA ACUSACIÓN: INFIDELIDADES Y TRAICIONES

Sobre la fidelidad, y sobre la virtud, de Ana de Austria pesaban graves sospechas; acusaciones que se remontaban a los tiempos de la Fronda se retomaron contra Luis XIV y reaparecieron después, de

manera recurrente, en el siglo XVIII. En 1693 se publicó en Colonia un panfleto anónimo titulado *Les Amours d'Anne d'Autriche, épouse de Louis XIII, avec M. L.C.D.R., le véritable père de Louis XIV, où l'on voit au long comment on s'y prit pour donner un héritier à la couronne, les ressorts qu'on fit jouer pour cela et enfin tout le dénouement de cette comédie*⁵². Esta obra sirvió de modelo para los escritos posteriores que, partiendo del postulado de la esterilidad del rey, describían las intrigas que desembocaron en el embarazo de la reina y las estratagemas imaginadas para hacerlo «plausible». Al contrario de lo que deja suponer el sugerente título, L.C.D.R. no designa al cardenal Richelieu, que algunos imaginaban perdidamente enamorado de la reina y, en ocasiones, su feliz amante, sino al conde de Rochefort (o de Rivière), a quien el cardenal, preocupado por alejar a Gastón de Orleans del trono, habría precipitado al lecho de la reina⁵³.

En su *Parallèle des trois premiers rois Bourbons*, redactado en 1746 aunque no se publicó hasta el siglo XIX, el joven duque, en un intento de defender a Luis XIII, acusaba a Ana de haber convertido en un infierno la vida de su esposo e imputaba a Mazarino, a quien detestaba, todos los defectos de Luis XIV. Saint-Simon, sin cuestionar la paternidad de Luis XIII ni extenderse sobre el nacimiento de Luis XIV, describía a Ana poseída por «la pasión española» y por «el odio abierto que manifestaba hacia los ministros que pensaban en Francia y hacia las personas a las que Luis XIII mostraba más amistad y confianza»:

Respecto a la reina, esposa de Luis XIII, la encontramos siempre en primera fila de cuanto se trama contra ese príncipe y contra su Estado. Siempre española, nunca francesa, e indisoluble e íntimamente ligada a la reina madre por la similitud de sus sentimientos, odiando ambas todo lo que el rey ama, amando y sumándose a todo lo que él odia, y siempre con los brazos abiertos a todas las facciones y a todos los facciosos. La encontramos así en la conjura de Chalais [...]. La vemos en Lyon esperando la muerte del rey [...]. La vemos fuera de sí durante la *journée des dupes* [Jornada de los Engañados] [...]. La reina, inconsolable por su separación de la reina madre en Compiègne, conservó hasta su muerte el mismo afecto por ella y por los suyos, así como todos sus afectos y aversiones comunes. Sospechosa de inteligencia con sus hermanos, el rey de España, en Madrid, y con el cardenal-infante, en Bruselas, y avisada por el canciller Séguier de las órdenes que había recibido y del día en que se ejecutarían, se deshizo de todos sus papeles secretos [...]. ¿Hemos de considerarla inocente ante el Estado y ante el rey su marido porque Séguier no encontrase nada después de las precauciones que había adoptado y que tanto beneficiarían luego a él y a los suyos? Por último, la encontramos en intrigas con Cinq-Mars, Bouillon, De Thou, Monsieur [Gastón de Orleans] y otros. De Thou y ella conversan secretamente dos o tres veces sobre esta conspiración. Podemos decir que se alimentó de intrigas desde su matrimonio hasta su viudedad, y concluir que la madre, el hermano y la esposa de Luis XIII fueron, mientras vivió, los tres gusanos que le hicieron morir a fuego vivo y a fuego lento, más que aquellos que por la ignorancia de los médicos le royeron las entrañas y lo llevaron a la tumba.⁵⁴

Traición: es el tema incansablemente explotado por los detractores de Ana que, a lo largo del siglo XIX, van a reelaborar su leyenda negra apoyándose en las maledicencias de Tallemant des Réaux y de Retz, editadas de nuevo, así como en las calumnias de las «mazarinadas».

La acusación más inmisericorde fue la pronunciada por Raspail (1794-1878; fig. 8)⁵⁵, quien publicó sus investigaciones históricas en el exilio, en Bélgica, por medio de entregas mensuales en la *Revue complémentaire des sciences appliquées à la médecine et pharmacie, à l'agriculture aux arts et à l'industrie*, dirigida «a los hombres seriamente preocupados por todo lo que concierne al progreso de las ciencias y la liberación del espíritu humano»⁵⁶. En medio de los artículos más diversos⁵⁷, el lector de la «Galería médica» descubría a lo largo de sus páginas las enfermedades que habían padecido Rousseau y Voltaire, pero

sobre todo las taras de las testas coronadas y de sus fieles ministros. Luis XIII y Richelieu, Mazarino y Ana de Austria, fueron así los héroes de un verdadero folletín cuyas rocambolescas aventuras revelan una imaginación a la altura de las de Alejandro Dumas. Sin embargo, no hay nada novelesco en su intención, sino un propósito utilitario y moral. El médico, de la mano del republicano radical, realizaba un juicio severo de la historia oficial:

El historiador tiene una pronunciada tendencia a reducirse a historiógrafo. La hora del nacimiento y de la muerte, las combinaciones, incluso las más mezquinas, de la política, las intrigas de las cortes y las ceremonias de los juegos y las fiestas, la influencia de las amantes y de los favoritos, el relato de las guerras y las batallas, las consecuencias de las victorias o las derrotas, es decir, lo que sólo se ve a vista de pájaro o desde lo alto de la muralla: ahí se detiene su ministerio. Intentar profundizar en los vicios y los crímenes secretos de esos héroes, es, a sus ojos, tarea del ayuda de cámara, que todo lo ve pero nada dice; estudiar la constitución física del hombre para deducir su constitución moral y las causas de sus inclinaciones, someter a análisis los síntomas precursores o concomitantes de su muerte, es tarea de los médicos y boticarios contemporáneos, tan discretos como los ayudas de cámara [...].

Así pues, declaro a quien quiera oírme que siempre he sentido un profundo desprecio por la historia y que a menudo me he sorprendido de no saberla, hasta tal punto me complacía en desaprenderla. En cuanto a las memorias secretas, en cuanto a esas revelaciones testamentarias que se escriben ante Dios y ante la propia conciencia, sin disimulo y sin temor, ¡ah!, eso es algo totalmente distinto para mí: las recopilo cuidadosamente y retengo con fidelidad hasta las más pequeñas confidencias [...]. La investigación médica extrae de las memorias su información más preciada, como sucede con los testimonios de los enfermeros, a quienes no se les escapa nada de lo que sí se le escapa al médico oficial.⁵⁸

En mayo de 1857, Raspail explicaba que «el punto de vista del fisiólogo» autorizaba una revisión moral de la historia:

Voy a escribir sobre fisiología, y la fisiología es esencialmente moral, es el estudio de las leyes de Dios, mientras que la lectura de novelas virtuosas es la peor escuela de moral ya que la mentira es esencialmente corruptora, sobre todo cuando predica la moral.

La historia de Ana de Austria en sus relaciones con Luis XIII y Mazarino es, tal como nos la han contado, la novela más escandalosa que encierran los fastos de la historia de Francia. Resolvamos este largo enigma, levantemos el velo que cubre todos estos misterios, y el supuesto escándalo se reducirá a uno de esos caprichos de la fatalidad que cada uno de los actores de este gran drama ha pretendido dominar para disminuir, gracias a las circunstancias atenuantes, su parte de culpa. No esperen pues de mí recriminaciones banales o revelaciones escandalosas; no es el hombre de partido, sino el fisiólogo quien va a sacar a la verdadera luz la historia de esta época.

Los miramientos hacia las susceptibilidades contemporáneas hacen surgir a cada línea sospechas muy escabrosas. La apreciación imparcial y desinteresada de las circunstancias bajo las que se nos presentan los hechos de esta época dejará un amplio espacio, si no a la rehabilitación, al menos a la indulgencia, y la acusación que pueda resultar de esta investigación, incluso en la expresión de su máxima severidad, no dejará de aparecer mitigada por cierta dosis de exculpación, al hacer recaer el barniz negativo de esos hechos menos sobre el carácter de las personas que sobre el vicio radical de prejuicios e instituciones en pleno vigor en aquella época y que actualmente no han desaparecido aún del todo. Así, la historia del pasado debe servir de lección para el presente y proporcionar la base de las reformas del futuro.⁵⁹

¿Qué nueva versión de los hechos propone? Bajo su pluma, la historia de Ana de Austria se vuelve tan rica en abominaciones y asesinatos como la de Fredegunda, esposa de Chilperico⁶⁰. El punto de par-



9. JEAN-FRANÇOIS DE TROY, *La muerte de Luis XIII*. 1731. Óleo sobre lienzo, 325 x 285 cm. Copenhague, Statens Museum for Kunst.



10. HENRI DECAISNE, *La muerte de Luis XIII*. 1831. Óleo sobre lienzo, 297 x 359 cm. Versalles, Musée national du Château.

tida de la investigación, que mantendrá en suspense al lector durante casi tres años, entre 1855 y 1858⁶¹, es simple: Luis XIII, «marcado por su impotencia viril [...] por su naturaleza incapaz de hacerle padre [...] incapaz de hacerle esposo»⁶², fue oficialmente el padre de Luis XIV. Además, no murió por enfermedad, sino por un «envenenamiento perfectamente característico del arsénico»⁶³ (figs. 9-10). Los testimonios relativos a la agonía, a la muerte y a la autopsia de Richelieu revelaban también un envenenamiento con arsénico y mercurio⁶⁴. Raspail, que, como médico, luchó siempre contra los tratamientos a base de mercurio y estudió los efectos del arsénico, se pregunta si dichos envenenamientos debían atribuirse a la medicina de la época o a un proyecto criminal. Para ello realiza un estudio de las víctimas, sobre todo de Richelieu, de quien traza un retrato poco conforme con la imagen tradicional del inmisericorde hombre de Estado: «constitución menuda, árida, envejecida antes de tiempo»⁶⁵, la «eminencia roja», simple testaferro, lamentable admirador de la hermosa reina, no era sin embargo más que un «cobarde» para el verdadero dueño de la situación, la «eminencia gris» (fig. 11). El padre Joseph, «alma política, verdadero ministro», «especie de Fouquier-Tainville»⁶⁶, era un fanático guiado por una «lógica rigurosa, sombría, fanática, inmisericorde»⁶⁷ que se apoyaba en un programa bien simple: propagación de la fe, exterminio de los enemigos, extirpación de la herejía. Figura en la sombra, el padre Joseph dirigió fríamente los hilos de la política francesa entre 1598 y 1638 y, según Raspail, puede adivinarse su mano tras el cuchillo de Ravaillac. En 1638, cuando se anunció el embarazo de la rei-

